

 **Correos**
CARTA ORDINARIA

HUESCA OP
10/02/22 17:43

2,70 €



XVI CONCURSO LITERARIO DE RELATO CONTO "CIUDAD DE CASPE"
DELEGACIÓN DE CULTURA DEL AYUNTAMIENTO DE CASPE

PLATA ESPANTA, A

50700 CASPE

(ZARAGOZA)



AYUNTAMIENTO DE CASPE
REGISTRO ENTRADA
2022-E-RC-449
14/02/2022 15:25

50110411854

EL ANDÉN

Mulholland.

AYUNTAMIENTO DE CASPE
REGISTRO ENTRADA
2022-E-RC-449
14/02/2022 15:25





El andén

Mulholland

El sol tenue del mes de marzo hacía ya rato que se ocultó detrás de la marquesina que protegía el reloj de la estación. Debajo había una papelera de plástico, junto a un banco de madera tan deslucido que las grietas se habían llenado de colillas. Más allá, hacia el túnel que pasaba por debajo de la carretera, estaba la ventanilla de venta de billetes. Al lado la casa del jefe de estación, donde vivía con su mujer desde hacía treinta años.

La estación tiene dos vías: una iba hacia el norte y la otra hacia el sur. Hay un paso a nivel, por donde cruzan los coches que vienen de la playa. Y un quiosco de prensa donde venden cigarrillos, revistas y periódicos. En ese instante hay un chico conversando con la quiosquera, mientras le paga un paquete de rubio que acaba de adquirir. El chico tiene veinte años, dos más que la chica. Los dos son insultantemente jóvenes. Despreocupados. Acelerados. Engreídos. Maleducados. Como lo son casi todos los jóvenes. Ríen por cualquier tontería y banalizan aquellas preocupaciones que conmueven a los que han franqueado la edad adulta. Él es más alto de lo que corresponde a su edad. Delgado. Fornido. Con el pelo largo y liso que se acomoda en unos hombros anchos y rectos. Ella es coqueta. Esbelta. De mirada aniñada. De pelo corto y negro. De piernas rectas. De rostro moteado de pecas marrones que circunvalan una nariz aguileña.

—Perderás el tren —sonríe la chica mientras le devuelve el cambio.

El chico mira hacia el túnel y comprueba que al fondo se distingue la luz del convoy que se aproxima.

—¡Me voy! —grita mientras coge las dos monedas que ella ha dejado sobre el mostrador

del quiosco.

Salta por encima de las vías hasta el otro andén, haciendo caso omiso de las indicaciones de un letrero que advierte de lo peligroso que es cruzar por ahí. La chica lo observa desde la distancia, esperando a que él llegue al otro lado. Luego, levanta la mano y la mueve en el aire, a modo de despedida. El chico, arrogante, le lanza un beso que se pierde en ese frío atardecer del mes de noviembre.

El tren asoma por el túnel al mismo tiempo que la oscuridad inunda el andén. Ya es tarde. Ya es de noche. Ya falta poco para que allí, en ese lugar, no quede nadie. La chica apagará las luces del quiosco y el jefe de estación cerrará la ventanilla de venta de billetes. El silencio lo inundará todo, como un suspiro leve conmovido por un viento soberbio que no teme ni a nada ni a nadie. Recorrerá cada uno de los recuerdos de todos esos viajeros que durante el día transitaron hacia un lado y hacia otro. Con sus vidas a cuestas. Con sus miedos. Sus anhelos. La vida pasó por allí y de ella no quedó nada más que una reminiscencia insignificante de todas esas inquietudes que atolondraron la existencia de los que vivieron en ese andén.

Hay un anciano sentado en el otro lado. Ocupa el banco de la izquierda, el de la derecha permanece vacío. El chico podía haber escogido el banco vacío para sentarse, aquel cuyos travesaños de madera resquebrajada tienen tallados una docena de corazones rotos, cosidos con navajas que temblaron de amor. Pero prefiere sentarse en este, donde puede observar, mirando en línea recta, a la chica del quiosco.

Ese anciano es un hombre de entreguerras. De nariz robusta. De arrugas profundas. De frente cincelada. De manos ajadas. De dientes carcomidos, labios rotos, puños estrechos y escaso cabello encanecido. Su mirada conserva el brillo del sufrimiento. Ese brillo que una vez te atrapa, nunca te deja. Esos ojos rojos vieron muerte, desolación, hambre y tristeza. Vieron llorar y lloraron tanto, que se secaron. Ahora son un resplandor en la noche que se aproxima en ese andén cualquiera de una estación de tantas en un lugar arrinconado de nuestras vidas.

Abre una pequeña maleta de mano, que cobija entre sus rodillas. El paso de los años la sumerge en un estado de abandono y la piel cuarteada que la recubre ha sido arrancada en tiras cortas y desaliñadas. Dos zurcidos paralelos indican que esa maleta había recorrido medio mundo y una hebilla que asemeja un anillo de oro apenas sostiene un fino hilo de luz procedente de la única bombilla que hay entre los dos bancos. Extrae de su interior una bolsa de plástico de color blanco, como la de los supermercados. Tiene las puntas rotas del uso. Y hay algún agujero en la base. Desanuda un nudo apresurado. De su interior saca un envuelto en papel de plata. El chasquido del aluminio se puede escuchar en todos los rincones de la estación. Hace tanto ruido que parece un chaparrón de agua furiosa martilleando un tejado de uralita. Coge una servilleta de tela, de color rojo sangre, y la coloca con cuidado sobre sus rodillas. Sus ojos emiten un leve destello, como si esa acción tan mundana no siempre hubiera sido posible llevarla a cabo. De la maleta extrae una manzana. Es roja, como la servilleta, y su brillo deslumbra el andén.

El chico joven lo contempla con curiosidad, mientras el olor de esa manzana inunda la estación y lo sumerge en recuerdos de una campiña extensa, ribeteada por árboles frutales. En ese instante siente como si estuviera en el huerto de su abuelo. Corriendo entre los setos, mientras el viejo grita para que se detenga.

—¡Te caerás! —le dice.

Pero ese niño no escucha y sigue corriendo mientras ríe. Su sonrisa empapa los campos henchidos de geranios que cultiva el abuelo. De rosales que mima. De berenjenas y tomates rojos que sirve los domingos cuando todos iban a comer a su casa.

—¿Quieres un poco? —le pregunta el anciano de la estación mientras lo observa risueño.

El chico se había distraído con sus pensamientos y no recordaba que estaba en una estación. Sentado en un banco junto a un viejo desconocido, esperando un tren que le llevará a algún sitio al que ya no está seguro de ir. Frente a él, al otro lado, el quiosco ya cerró su puerta.

No hay luz. No está la chica. No hay nada. El tren terminó de cruzar el túnel y en unos segundos estará frente a ellos. El andén de enfrente se esconderá detrás, como un sueño que se desvanece al despertar. Como un recuerdo que se olvida y no regresa jamás.

El chico quiere responder al anciano. Pero se limita a negar con la barbilla, basculando la cabeza de un lado hacia otro, como uno de esos perritos que viajan en la bandeja trasera de los coches.

—No.

—¿No?

El anciano saca una navaja de uno de los bolsillos de su chaqueta. Tiene el mango cubierto con un esparadrapo y la abre con pericia, con una sola mano. Monda la manzana con destreza, sin arrancar el tallo que conserva un ramillete de color verde. Las peladuras las recoge con la mano izquierda y, seguidamente, las vacía en la misma bolsa de donde la extrajo. Luego se pone en pie y camina renqueando hacia un lado y hacia el otro, para estirar las piernas. Al fondo ya se distinguen las luces del convoy que se aproxima. Un pitido ensordecedor advierte de que ya no se pueden cruzar las vías. El tren disminuye su marcha y comienza a acercarse de forma tenebrosa, como un mal presagio.

El viejo se acerca de nuevo al banco donde el joven se ha ensimismado, balanceando en su mano el paquete de tabaco que compró en el quiosco. Extiende el brazo.

—¡Toma! —le dice— Estoy seguro de que no has probado una manzana mejor que esta. Está fresca. Y es dulce.

El chico lo contempla como si estuviera en un sueño. Solo desea que el tren se detenga frente a ellos y abra las puertas. Ansía el momento de perderse en el interior de un vagón. Y llegar a su destino. Y dejar de ver a ese viejo pesado que no hace otra cosa que traerle recuerdos de su abuelo. Y no quiere esos recuerdos, porque son evocaciones de pesarasas. De añoranza. De un pasado nostálgico manchado con la memoria de la muerte.

—No, de verdad. Se lo agradezco de todo corazón, pero es que he comido hace poco y no me apetece.

—No hace falta tener hambre para comer una manzana como esta —insiste.

—¡No! —El chico balancea la cabeza con brusquedad, negando.

El rostro del anciano acepta la disculpa, pero su mirada se tiñe de escarlata y una inapreciable lágrima supura incesante de su ojo izquierdo. El chico se fija en sus manos, donde hay surcos esculpidos a golpe de azada. Y se percata de que hay sufrimiento. Y angustia.

—Cuando la guerra —comienza a decir—, no había otra cosa que llevarnos a la boca. En aquel entonces, una manzana era el mayor manjar al que podíamos aspirar. Recuerdo que las robábamos de los campos, sin que nadie nos dijera nada. No existe quien le niegue el alimento a un hambriento. Y mucho menos si hay guerra. —El anciano se lleva un pedazo de la manzana a la boca y lo mordisquea.

La megafonía de la estación interrumpe emitiendo un chasquido. Seguidamente se escuchan unos susurros, como si una colmena de abejas estuviera golpeando los altavoces. Una voz grave, de hombre, comunica que el tren está a punto de detenerse en el andén. Advierte de que no se asomen los pasajeros y de que esperen a que se bajen los que viajan en el tren, antes de subir. E informa de que es el último. No habrá ningún tren más hasta el día siguiente.

—¿Este es el tuyo? —se interesa el anciano.

El joven observa los vagones mientras pasan por delante, hasta que el convoy se detiene. Las puertas se abren y sabe que dispone de un minuto para subir, antes de que se cierren y el tren continúe hasta su próximo destino.

—Sí —balancea la cabeza—. Y el suyo, también. Pues después de este tren ya no circula ninguno más hasta el día siguiente.

—Sí, claro —chasquea la lengua el anciano.

Después, abre de nuevo la maleta e introduce la bolsa de plástico con los desperdicios

de la manzana. Levanta los ojos y observa, arrugando el gesto, el reloj de la estación. Luego introduce una mano en un bolsillo de su chaqueta y extrae un paquete arrugado de tabaco. Coge un cigarrillo y lo encaja en sus labios. Con la otra mano saca una caja de cerillas de otro de los bolsillos de su chaqueta y, arañando una cerilla en el adoquinado de la estación, enciende el cigarro. Una columna de humo se eleva hasta la marquesina mezclándose con el vaho de la estación. Su vista sigue el humo mientras se desvanece en el techo. Frunce los ojos como si tratara de ver a través de la neblina. Como si buscara en las sombras imágenes y recuerdos de su pasado.

El tiempo se detiene, igual que se ha detenido el convoy frente al andén. Las puertas permanecen abiertas. No se ha bajado nadie, pues nadie venía en ese tren. Allí, en ese instante, solo hay silencio.

—Vivimos enganchados al tiempo —le dice el viejo, bosquejando una mueca de disgusto en su rostro—. Observamos constantemente el tiempo a través de los relojes. Lo observamos, aunque no tengamos prisa. Lo hacemos por el mero vicio de contar el tiempo. Nos levantamos corriendo. Desayunamos rápido. Tenemos prisa por ir. Por venir. Por llegar. Nos olvidamos del viaje y no reparamos en los trayectos. Hemos perdido el paladar de la vida y estamos constantemente preocupados por el tiempo. El tiempo —repite murmurando, como si acabara de acordarse de algo importante—. El tiempo nos consume. Nos atrapa. Nos destruye. Nos paraliza. El tiempo es con toda seguridad lo que nos mata. ¿Estás casado?

El chico mira directamente el reloj de la estación y comprueba que ya es la hora. En ese instante, si el tren es puntual, las puertas del vagón se cerrarán y reanudará la marcha hacia el siguiente destino.

—No estoy casado, solo tengo veinte años.

—En mis tiempos, a tu edad ya nos casábamos. Yo estuve casado durante cuarenta años —dice el anciano mientras deslía una vieja cartera de piel carcomida por el uso y extrae un

puñado de fotografías dobladas por las puntas—. Aquí —señala una de las fotografías—, estábamos los dos juntos, frente al estanque. Y aquí —señala otra—, en el mar. Y aquí —ahora muestra otra distinta—, en un tren; en aquel viaje que hicimos a Francia. Y aquí, en el paseo marítimo. Y aquí en el salón de nuestra casa, tomando café. Y aquí, paseando por el bosque. Y aquí... —contiene el llanto que convulsiona en su boca.

El anciano habla rápido, pues la puerta del vagón está a punto de cerrarse. El chico se mantiene en silencio, mientras observa sus manos temblorosas. Se fija en una de las fotografías donde ve, sentados frente a un enorme estanque perdido en la vastedad de un paisaje arbolado, una pareja de jóvenes. A él lo reconoce enseguida, pese a su juventud. La chica que está a su lado es una mujer muy bella, asemeja una actriz de cine. En una de las fotografías viste con falda corta, ofreciendo unas piernas preciosas y rectas. En otra instantánea porta una flor que se enmaraña en su pelo. Hay otra donde ella sonríe a la cámara. Y otra donde está sentada en una barca de color blanco.

El anciano recoge todas las fotografías y las guarda de nuevo en su cartera, con celeridad. El chico va a decir algo, cuando los pasos del jefe de estación le distraen. Un hombre alto, con gafas gruesas, vestido con un impecable uniforme azul, cruza de lado a lado el andén. Porta una gorra de plato con el logotipo del ferrocarril y en su mano derecha sostiene una linterna.

—¿A qué esperan para subir? —interroga.

El chico se pone en pie y camina hacia la puerta abierta del vagón de en medio. Antes de subir, gira su vista hacia el banco donde está el anciano. El viejo permanece sentado, al lado del jefe de estación. Cobija la maleta en sus pies. Sus ojos observan al joven como si fuese su hijo. Como si partiera hacia una guerra lejana de la que sabe no regresará.

—Oiga —se dirige a él—. ¿No sube?

El anciano mueve su cabeza, negando.

El jefe de estación ha desaparecido. Como si fuese un espectro refugiado en una noche

fría del mes de noviembre. Un fantasma surgido del rincón más oscuro de un recuerdo marchito por el tiempo. Allí, en ese andén, solo hay melancolía.

—No. No —rechaza el anciano basculando su mano—. Yo ya no viajo a ningún sitio. No tengo ningún lugar a donde ir.

—¿Y qué hace en la estación? —interroga el joven desde el interior del vagón, mientras apoya las manos en el marco de la puerta.

—Vengo aquí a recordar.

—¿Y ahora, a dónde irá?

—A ningún sitio —murmura.

—¡Suba! ¡Venga conmigo! No importa a donde vaya, en el viaje podremos conversar.

—No te preocupes —rechaza el anciano—. Mañana habrá otro tren. Y otro al día siguiente. Y otro la semana que viene. Tú podrás coger otros trenes, porque eres joven. Pero yo prefiero quedarme aquí, viendo como pasan por delante.

Y es entonces cuando el chico, de un brinco, salta del tren y se planta en el andén. La puerta se cierra detrás de él y el convoy reinicia su marcha, lenta y estrepitosamente.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le pregunta el anciano.

El chico se acerca hasta el banco y se sienta a su lado.

—Dicen que a esta hora el viento de noviembre se detiene. Entonces hace menos frío y el cielo se llena de estrellas de un color como no se conoce otro en ninguna época del año.

—¡Has perdido el tren! —protesta el anciano—. Este era tu tren, el último de la noche. Ya no podrás viajar hasta mañana.

—¡Bah! Mañana no tengo nada que hacer. Y le recuerdo que todavía no me ha contado cómo conoció a su esposa —le dice sacando un cigarrillo de su paquete de tabaco.

Los dos, anciano y joven, allí, sentados en un banco de madera, estuvieron conversando durante toda la noche. Porque una noche es mucho. Una noche es toda una vida.